

## Alabanza: fe en acción

*"Regocijaos en el Señor siempre.*

*Otra vez digo: ¡Regocijaos!"*

*Filipenses 4: 4*

**V**olaba de regreso de Akureyri, en el norte de Islandia, en un avión de propulsión a hélice. Como el tiempo era muy bueno, el capitán anunció que volaría más bajo de lo acostumbrado para que pudiéramos ver mejor el maravilloso panorama: montañas escarpadas cubiertas con una gruesa capa de nieve fresca.

Acababa yo de leer un librito titulado *If [Si]*, escrito por Amy Carmichael. Al final de su libro ella dice que el amor de Dios es como un río que siempre lleva agua. Día tras día las aguas fluyen. Siempre es el mismo río, pero el agua, el amor, es siempre nuevo.

Pensando acerca de esto, me asomé por mi ventana. A la distancia había una enorme catarata que caía por la montaña. Fue entonces cuando escuché algo así como un susurro: "Así es mi amor".

La cascada estaba bastante lejos, y sin embargo se veía enorme. Yo sabía que una gran cantidad de agua saltaba por el borde de la montaña cada segundo.

"¿De dónde viene toda esa agua?" me pregunté. Miré por la ventana durante bastante tiempo, pero no pude ver la fuente de donde salía toda aquella agua.

Pero luego la vi. Detrás de la cascada, cubriendo el horizonte hasta donde alcanzaba la vista, estaba un enorme glaciar. Era tan grande, que no lo había visto. Parecía haber suficiente agua para que la catarata continuara fluyendo durante centenares de años.

De repente el asombro me invadió, y me encontré sumergido en una enorme metáfora. ¿Es el amor de Dios por mí así de grande? ¿Será que no logro ver el amor de Dios por mí, no porque sea demasiado pequeño, sino porque es demasiado grande, y tengo dificultades para comprenderlo? Luché para captar aquella idea, pero finalmente dije: "Sí, el amor de Dios es así de grande. Quizá es más grande todavía".

Es en momentos como estos, cuando vislumbramos la magnificencia de Dios, que nuestros corazones anhelan expresarse en alabanza. El problema es que alabar a Dios dentro del crisol es difícil porque no podemos ver mucha evidencia de su bondad. ¿Qué hacer, entonces? ¿Poner la alabanza en pausa hasta un tiempo más conveniente? ¿Puede la alabanza ser parte de nuestra experiencia durante el tiempo de sufrimiento también?

En el capítulo sobre la fe consideramos la forma en que las palabras de Dios vuelven a pintar un cuadro de la realidad del cielo para quienes han estado bajo la presión del crisol. Por tanto, si la fe puede existir y crecer dentro del crisol, lo mismo puede hacer la alabanza, porque la alabanza es simplemente la consecuencia exterior de la fe interior.

En el crisol, donde hay muy poco que nos recuerde el amor de Dios, la alabanza es la fe en acción. Una alabanza tal no es simplemente cantar y hacer ruidos en la dirección donde se encuentra Dios. Podemos cantar horas enteras sin fe, pero lo único que ocurrirá después de ese cantar sin fin, es que nuestras gargantas enronquecerán. Lo sé, porque me ha ocurrido más de una vez.

## Alabar a Dios dentro del crisol

Pablo fue alguien que pudo alabar a Dios estando dentro del crisol. Puedo imaginarlo sentado ante una mesa en su casa de alquiler donde vivía como preso en Roma. En la parte de afuera los guardias conversan tranquilamente. Pablo se pregunta cuánto tiempo más vivirá. Por el momento pondera el futuro, mueve la cabeza, y escribe enérgicamente en el pergamino que está frente a él un pensamiento para sus amigos de la iglesia de Filipos: "Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil. 4: 4-7).

Pablo no le estaba preguntando a Dios: "¿Por qué me ocurre esto a mí?" Había aprendido, de alguna manera, a eclipsar sus propios problemas con una gloriosa alabanza.

¿Pero cómo?

Permítanme sugerir dos principios importantes que pueden ayudarnos a nutrir una actitud de alabanza, aunque estemos sentados en el centro del crisol.

**Principio n° 1 para alabar a Dios bajo presión: Actúe su fe a pesar de sus sentimientos.**

Cuando Pablo anima a los filipenses a regocijarse, los insta a regocijarse "siempre". Si hemos de tomar esto por lo que dice, debemos entender que somos llamados a regocijarnos en momentos cuando nuestros sentimientos no quieren hacerlo de ninguna manera.

Yo creo que debe haber sido así en el caso de los israelitas. Es necesario comprender que cuando Dios los introdujo en la tierra que habían sonado poseer durante muchos años, no los llevó a lla-

nuras quietas, abiertas y fértiles, que se extendían hasta donde la vista podía alcanzar. Los condujo a un lugar exactamente opuesto a lo que habían soñado. Su bondadoso Padre celestial los había conducido directamente a una de las ciudades mejor fortificadas de la región, habitada por paganos armados hasta los dientes.

Luego Dios dijo al ejército: "Me gustaría que ustedes caminaran alrededor de aquellas altas y poderosas murallas, pero ni se les ocurra tocar las espadas que llevan ceñidas a la cintura. De hecho, no quiero que pronuncien ni siquiera una palabra. Caminen alrededor de la muralla en silencio. Que la nación entera dé una vuelta alrededor de las murallas en silencio, y luego vuelvan a su campamento. Oh, sí, y podrán hacer lo mismo mañana, y el siguiente día, y el siguiente...

Imagine lo que la gente que estaba sobre las murallas de Jericó estaban pensando: *¿Qué tipo de batalla es esta? ¿Están locos todos esos israelitas?* Se habrían sorprendido más aún, si hubieran sabido lo que los israelitas estaban pensando: Ellos tampoco sabían lo que estaba ocurriendo. Todo lo que los israelitas podían ver era una enorme ciudad con una enorme muralla, muy alta y gruesa, y ni siquiera se les permitía hablar.

Este, por supuesto, era el propósito. La razón por la cual los israelitas debían caminar alrededor de la muralla día tras día, era porque solo haciendo frente cada día a tan abrumadora tarea podían comprender que no era posible hacerla con sus propias fuerzas.

¿Interesante, verdad? Dios envió a su pueblo a hacer una tarea que sabía que no podrían hacer por sí mismos. Quiso que ellos observaran diariamente el abrumador problema que tenían enfrente todos los días, con la esperanza de que al fin se dieran cuenta de que una victoria en aquella situación se debería completamente a Dios.

Los israelitas deben haber comenzado la caminata con toda suerte de sentimientos retumbando en sus corazones. Pero después de seis días de mirar a la oposición, sus temores, o su entusiasmo

excesivo, por la batalla, se habían disuelto en una quieta confianza en Dios. Y esto era lo que Dios estaba esperando.

Es probable que a esto podríamos llamarle: "El último recurso de la fe". Ponemos la fe en el plan de Dios porque él nos ha colocado en una posición donde nos vemos obligados a reconocer que, en realidad, solo nos queda una opción: la fe. Es una forma muy difícil de aprender la importancia de la fe, pero es un plan que Dios usa con regularidad.

Se le dijo al pueblo que en el día séptimo marchara siete veces alrededor de la ciudad. Cuando dieron la última vuelta, cuando los sacerdotes tocaron las trompetas, Josué ordenó al pueblo: "¡Empiecen a gritar! ¡El Señor les ha entregado la ciudad! Jericó, con todo lo que hay en ella, será destinada al exterminio como ofrenda al Señor [...]. Entonces los sacerdotes tocaron las trompetas, y la gente gritó a voz en cuello, ante lo cual las murallas de Jericó se derrumbaron. El pueblo avanzó, sin ceder ni un centímetro, y tomó la ciudad" (Jos. 6: 16, 20, NVI).

Siempre me he preguntado por qué el pueblo tuvo que gritar. Es tentador pensar que es posible que el gran ruido haya causado una gran vibración que hizo a las murallas derrumbarse, o que fue para asustar a la gente que estaba sobre las murallas antes de que los israelitas atacaran y tomaran la ciudad.

Pero la palabra "gritó" en el original hebreo es la misma que usa David en el salmo cuando invita a la gente a adorar a Dios: "Aclamen a Dios, tierra entera, toquen en su honor, alaben su gloria; digan a Dios: ¡Qué temibles son tus acciones, ante tu inmenso poder tus enemigos se rinden! Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para ti" (Sal. 66: 1-4, NBE).

A través de todo el Antiguo Testamento, los autores llaman al pueblo de Dios a "gritar de gozo", a causa de la grandeza de su Dios. Deben gritar de gozo, no solo por lo que han visto que Dios ha hecho en el pasado, sino por lo que ha prometido hacer en el futuro. Es

por eso que Josué le dijo al pueblo: "¡Empiecen a gritar! ¡El Señor les ha entregado la ciudad!" (Jos. 6: 16, NVI).

La mayor parte del tiempo alabamos a Dios por algo grande o bueno que ha hecho por nosotros. En Jericó Dios invita a su pueblo a alabarlo por su promesa, cuando todavía no había evidencia de su cumplimiento. Esta es la clave para alabar a Dios que se sobrepone a todas las circunstancias más difíciles. Es vivir, respirar, hablar, actuar, regocijarse, por lo que Dios ha prometido, y no solo por lo que experimentamos con nuestros sentidos físicos. El grito triunfante de alabanza fue un acto de fe. Como nos lo dice el autor de Hebreos: "Por la fe cayeron las murallas de Jericó" (Heb. 11: 30, NVI).

### **Principio n° 2 para alabar a Dios bajo presión: Práctiquelo.**

Así como la alabanza dentro del crisol es con frecuencia un acto de fe, así también alabar a Dios contra nuestros sentimientos es algo que debe practicarse.

Fue Mark Twain quien dijo, refiriéndose a quitarse un mal hábito: "Un mal hábito no puede tirarse por la ventana; debe llevarse la escalera abajo, escalón tras escalón". Creo que lo contrario es verdad. Debemos ayudar a los buenos hábitos a subir las escaleras de la mente y de la vida, un escalón a la vez. Lo mismo ocurre con el hábito de la alabanza.

Se considera que Charles Haddon Spurgeon, pastor británico que vivió en el siglo diecinueve, fue uno de los más grandes predicadores de todos los tiempos. Sus sermones semanales se vendían, literalmente, por toneladas. Entre todos sus escritos hay un libro titulado *The Practice of Praise: How to develop the habit of abundant, continual praise in your Daily life* [La práctica de la alabanza: Cómo desarrollar el hábito de una continua y abundante alabanza en su vida diaria]. Allí establece tres pasos para practicar la alabanza a partir del Salmo 145:7: "Se proclamará la memoria de tu inmensa bondad, y se cantará con júbilo tu victoria." (Sal. 145: 7, NVI).

Los tres pasos son los siguientes:

1. **Practique mirando alrededor de usted.** "Se proclamará la memoria de tu inmensa bondad". Recordar la gran bondad de Dios significa que primero tenemos que notarla. Si no miramos alrededor de nosotros para ver la inmensa bondad de Dios, no tendremos ningún motivo para alabarle.

¿Que podemos ver en el mundo físico que nos recuerda la bondad de Dios? ¿Hemos tomado tiempo para contemplar la belleza y la complicada manufactura de su creación? ¿O hemos notado la armonía de la naturaleza? Pero quizá todavía más importante, ¿qué podemos ver en el mundo espiritual que nos hace regocijarnos en él? ¿Hemos observado las abundantes bendiciones que nuestra salvación nos ha procurado? Mientras más tiempo tomamos para observar, más veremos, y más motivos tendremos para alabar a nuestro Padre.

2. **Practique recordando lo que ha visto.** Podemos recordar lo que Dios ha hecho en la Biblia. ¿Podemos recordar las veces en que Dios ha intervenido en nuestra vida con su bondad? ¿En nuestro bautismo, en el tiempo pasado con él en la naturaleza, en los servicios especiales de comunión, los sábados, las reuniones del pueblo de Dios? Conservamos estas cosas en nuestras mentes, de modo que se conviertan en hitos permanentes en el camino para recordarnos sus propósitos para nuestras vidas?

3. **Practique hablando acerca de ello.** Somos llamados a alabar a Dios por su bondad, permitiendo que la alabanza fluya libremente de nuestra boca. Al hacerlo así seremos alentados, como también lo serán quienes no rodean.

Spurgeon da cinco razones por las cuales deberíamos hablar extensamente de la bondad de Dios:

*Primera*, deberíamos alabar continuamente a Dios porque no podemos evitarlo, porque la verdad de la bondad de Dios nos impulsa a hablar de ella.

*Segunda*, deberíamos alabar continuamente a Dios porque dentro de nuestra cultura hay una miríada de voces tratando de ahogar las alabanzas de Dios. Por lo tanto, mientras más clama la sociedad contra Dios, más deberíamos nosotros hablar de él.

*Tercera*, deberíamos alabar continuamente a Dios como testigos para aquellos que no lo conocen. La alabanza no es un asunto privado, exige que alguien escuche: Dios a quien se dirige nuestra alabanza; y nuestros vecinos, quienes necesitan saber que Dios es real y que la vida cristiana es digna de vivirla.

*Cuarta*, deberíamos alabar continuamente a Dios para alentar a nuestros hermanos cristianos. Con frecuencia aquellos que están luchando se sienten muy solos y piensan que no hay ninguna forma de salir de sus dificultades. Nosotros debemos alentarlos.

*Quinta*, deberíamos alabar continuamente a Dios, para glorificarlo, porque es digno de honor, honra y alabanza. Alabar a Dios es una actividad en la cual el universo entero está continuamente involucrado. ¿Como podemos, entonces, nosotros, que hemos sido redimidos de la condenación eterna alabarle menos?<sup>1</sup>

“Enseñemos, pues, a nuestros corazones y a nuestros labios a alabar a Dios por su incomparable amor. Enseñemos a nuestras almas a tener esperanza, y a vivir en la luz que irradia de la cruz del Calvario. Nunca debemos olvidar que somos hijos del Rey celestial, del Señor de los ejércitos. Es nuestro privilegio confiar reposadamente en Dios”.<sup>2</sup>

## **Las poderosas consecuencias de la alabanza**

Feodor Dostoievski escribió: “Cree hasta el fin, incluso si todos los hombres se desvían y te dejan solo, como el único fiel; trae tu



ofrenda a Dios incluso en este caso, y alaba a Dios en la soledad". Es un poderoso comentario de parte de alguien a quien se le hizo una parodia de ejecución antes de enviarlo a una prisión de trabajos forzados en Siberia. Sufrió mucho. En la prisión sufría de epilepsia que le hacía echar espuma por la boca y sufría convulsiones en el suelo. Después de eso fue enviado al exilio durante seis años".<sup>3</sup> ¿Alabaría usted a Dios en la soledad?

La alabanza puede ser un poderoso vehículo para transformar nuestras heridas y temores interiores. Recuerdo haber despertado de repente en medio de la noche, e inmediatamente comenzar a sentirme abrumado por pensamientos negativos. Mientras intentaba deshacerme de ellos, más abrumado me sentía. A veces me levantaba y ponía un disco compacto de música de alabanza y cantaba junto con el coro durante una hora. La angustia y el temor que me habían parecido tan abrumadores minutos antes, eran completamente reemplazados por la paz.

Lo extraño era que lo mismo me ocurría la siguiente noche. De nuevo me sentía abrumado, y de nuevo me sentía renovado cuando enfocaba mi mente en las alabanzas de Dios. Misteriosamente, nunca he sido capaz de tocar aquel disco compacto después, porque está increíblemente rayado. Pero en medio de aquellas noches tocó perfectamente.

Cuando la alabanza está llena de fe, tiene el poder de hacer cosas asombrosas. Considere cómo puede transformarnos la alabanza en estos dos ejemplos.

**Primero, la alabanza tiene el poder de convencer los corazones de pecado y crear el anhelo de una vida mejor.** Después que Pablo y Silas fueron azotados, echados a una prisión en Filipos y puestos sus pies en el cepo, comenzaron a cantar. Deben haber estado sufriendo gran dolor y seguramente estaban sangrando profusamente, pero de alguna manera sus corazones rebozaban de gozo. En medio de los

cantos que entonaban, un terremoto rompió las puertas de la prisión y el carcelero, pensando que todos los presos se habían escapado, y él sería responsable de aquella huída, sacó su espada con intenciones de matarse. Pero de repente resonó la voz de Pablo: "¡No teagas ningún daño! ¡Todos estamos aquí!"

El carcelero estaba completamente desconcertado. En vez de pensar en asegurar la puerta de la cárcel para que no escaparan los demás prisioneros, su primer pensamiento se centró en su condición espiritual. "El carcelero pidió luz, entró precipitadamente y se echó temblando a los pies de Pablo y Silas. Luego los sacó y les preguntó: Señores, ¿qué tengo que hacer para ser salvo?" (Hech. 16: 28, 29, NVI).

Es posible que la alabanza de Pablo y Silas haya producido el terremoto que abrió las puertas de la cárcel; pero mucho más importante, las puertas de la prisión espiritual en la cual el carcelero, sin saberlo, estaba atrapado, se abrieron en un instante, y esa noche él y su familia fueron salvos.

Cuando leo esta historia, no puedo dejar de maravillarme qué efecto tendrá una fe llena de alabanza en aquellos que me rodean, si brotara con más frecuencia de mis labios.

**Segundo, la alabanza tiene el poder de repeler al más poderoso enemigo.** No es fácil imaginar que Pablo y Silas estuvieran cantando en la prisión; pero igualmente extraño sería imaginar que el ejército israelita fuera cantando al encuentro del más poderoso enemigo que jamás en la vida habían encontrado.

Cuando el rey Josafat escuchó que un vasto ejército se dirigía hacia Judá, inmediatamente proclamó un ayuno y todos se reunieron en Jerusalén para preguntarle a Dios qué debían hacer. No mucho tiempo después de comenzar las oraciones, Jahaziel, bajo la inspiración del Espíritu Santo, se levantó y anunció: "Escuchen habitantes de Judá y de Jerusalén, y escuche también Su Majestad: Así dice el

Señor: 'No tengan miedo ni se acobarden cuando vean ese gran ejército, porque la batalla no es de ustedes, sino mía. Mañana, cuando ellos suban por la cuesta de Sis, ustedes saldrán contra ellos y los encontrarán junto al arroyo, frente al desierto de Jeruel. Pero ustedes no tendrán que intervenir en esta batalla. Simplemente, quédense quietos en sus puestos, para que vean la salvación que el Señor les dará. ¡Habitantes de Judá y de Jerusalén, 'no tengan miedo ni se acobarden! Salgan mañana contra ellos, porque yo, el Señor, estaré con ustedes'" (2 Crón. 20: 15-17, NVI).

Yo creo que me habría sentido tentado a diseñar un plan de reserva. Pero a Josafat no se le ocurrió. "Al día siguiente madrugaron y fueron al desierto de Tecoa. Mientras avanzaban, Josafat se detuvo y dijo: 'Habitantes de Judá y de Jerusalén, escúchenme: ¡Confíen en el Señor, y serán librados! ¡Confíen en sus profetas y tendrán éxito!' Después de consultar con el pueblo, Josafat designó a los que irían al frente del ejército para cantar al Señor y alabar el esplendor de su santidad con el cántico: 'Den gracias al Señor; su gran amor perdura para siempre'" (vers. 20).

Encuentro muy inspiradora esta historia. El Rey de Judá insta a todos a tener fe y expresarlo en cánticos. El final, como en Jericó, fue inevitable: "Tan pronto como empezaron a entonar este cántico de alabanza, el Señor puso emboscadas contra los amonitas, los moabitas y los del monte de Seir que habían venido contra Judá, y los derrotó. De hecho, los amonitas y los moabitas atacaron a los habitantes de los montes de Seir y los mataron hasta aniquilarlos. Luego de exterminar a los habitantes de Seir, ellos mismos se atacaron y se mataron unos a otros. Cuando los habitantes de Judá llegaron a la torre del desierto para ver el gran ejército enemigo, no vieron sino los cadáveres que yacían en tierra. ¡Ninguno había escapado con vida!" (vers. 22-24, NVI).

Aquellos cánticos, llenos de fe y alabanza, captaron la atención del cielo, y el enemigo fue totalmente destruido.

## Optimismo eterno

La fe, entonces, pone el fundamento para la alabanza, porque la fe da razones al corazón para tener optimismo. Hubo un interesante estudio en la revista *Time* sobre los efectos del optimismo en la vida de las personas. Una compañía

de seguros llamada Metropolitan Life, estaba empleando cinco mil vendedores al año, al costo de treinta mil dólares al año cada uno. El problema era que la mitad de todos los elegidos abandonó el puesto al final del primer año, y cuatro de cada cinco abandonaron el trabajo al final del cuarto año. La razón por la cual muchos vendedores dejaron el trabajo fue porque vender seguros implica la posibilidad de que le den con la puerta en las narices repetidamente. Con la obvia necesidad de reducir costos de entrenamiento, la compañía quería saber si era posible identificar potenciales vendedores que serían menos probables de abandonar el puesto al hacer frente a circunstancias desagradables.

Martin Selignan, psicólogo de la Universidad de Pennsylvania, llevó a cabo un experimento entre quince mil de los nuevos empleados de la compañía. Todos los empleados tomaron dos tests especiales. El primer test era el que siempre usaba la compañía, mientras que el segundo fue diseñado para medir el optimismo. Selignan descubrió que aquellos que tenían niveles elevados de optimismo hicieron mejor trabajo, aunque algunos habían reprobado el test regular de la compañía. De hecho, los optimistas vendieron veintiuno por ciento más que los pesimistas el primer año y cincuenta y siete por ciento en el segundo. Concluyó que una de las razones por las cuales la gente tiene éxito donde otros fracasan es porque atribuyen su fracaso a algo que pueden cambiar, y no a algo que son incapaces de vencer.<sup>4</sup>

Si esto es cierto, entonces quizá los cristianos debieran ser los mejores vendedores de seguros que el mundo ha visto jamás. Aunque hacer este paralelismo con el éxito en la venta de seguros de vida eterna son dignos de reflexión cuidadosa, quiero destacar el hecho de que las

bases del cristiano para el optimismo, y por lo tanto, su capacidad para vencer las circunstancias desalentadoras y dolorosas debiera ser la más alta que una persona pueda imaginar. Porque nuestra capacidad para vencer el fracaso y las situaciones difíciles se encuentra en el poder ilimitado y sin rival del Dios viviente. Como miembros de su familia, deberíamos ser las personas más gozosas y llenas de alabanza que viven en este mundo, no importa que la vida nos dé con la puerta en la cara.

Pablo resume esto muy bien: "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? [...]. Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? [...]. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 8: 31-39).

¿Qué otra razón podríamos encontrar para alabar a Dios?

*Padre,  
Enseñame a alabarte en todo tiempo y ocasión,  
a regocijarme en ti.  
No solo por lo que has hecho,  
sino también por lo que has prometido,  
sea que ande en la luz o en las tinieblas,  
que me regocije en ti, porque estás cerca.  
Que tu paz guarde mi corazón y mi mente.  
En el nombre de Jesús,  
amén.*

**Referencias**

1. C. H. Spurgeon, *The Practice of Praise* [La práctica de la alabanza], capítulo 1, (New Kensington, Pensilvania: Whitaker House, 1995).
2. Elena G. de White, *El ministerio de curación*, p. 195.
3. Philip Yancey, *soul Survivor*, p. 132.
4. Nancy gibbs, "The EQ Factor", *Time*, 2 de octubre de 1995.